

UNA CARTA DE VARONA

Una admirable carta del señor Enrique José Varona, nos viene á definir su modo de pensar y sentir, frente á los problemas de la política actual, á propósito de una alusión que en reciente suelto hubimos de hacerle, comentando un editorial del "Diario de la Marina".

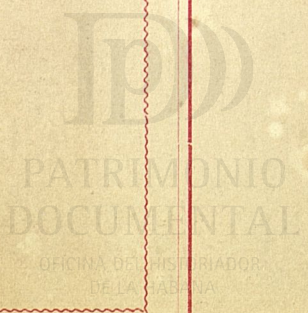
Se refería el artículo del colega, "Los Abstenidos", á cubanos muy distinguidos y cultos, que viven en completo é irreductible apartamiento de la política, y como nadie de tan alta categoría intelectual entre nosotros, ni tan dolorosamente alejado de las cosas públicas como Varona, en él pensamos, y hacia él fué también algo de los razonamientos que á ese grupo brillante dedicábamos. Ahora, por medio de la carta que van á saborear nuestros lectores, sabemos que el señor Varona no está incluído en ninguna de las tres clasificaciones de abstenidos que allí hicimos: "enfermos, pesimistas y egoistas". El docto profesor de Filosofía, sigue cuidadosamente la marcha de nuestra República, y como buen ciudadano, tiene puntos de vista acerca de los asuntos públicos, más ó menos discutibles, pero sinceros, espontáneos.

Al cabo de este incidente,—que motivó una alusión explicable por especiales circunstancias,—debemos felicitarnos, y con nosotros la opinión cubana, de que haya dado ocasión á que nos abra su espíritu y formule diáfananamente conceptos de trascendencia, un hombre de la talla intelectual del señor Varona. En la hora presente, de desorientación política, necesita Cuba, más que nunca, oír la voz de aquellos que por su historia revolucionaria y su cultura intensa, tienen el deber ineludible de indicar los rumbos ciertos....

Dejemos hablar al señor Varona:

Sr. Director de LA DISCUSION.
Amigo y señor:

Gracias á un amigo que ha tenido la bondad de acercarme, ha llegado á mi noticia el artículo de ayer, en que se sirve mencionarme LA DISCUSION. Ya advertido, no puedo dejar de escribir algunas



líneas, á las que espero no negará V. hospitalidad.

Debo confesar á V. que el caso me parece muy singular. Aunque he leído tres y cuatro veces mi nombre, para convencerme de que se trataba de mí, todavía no acierto á ver con claridad el motivo del favor y el disfavor que, todo junto, se me dispensa.

Ni remotamente podía yo sospechar que me aludiese el "Diario"; pero no me cabe duda de que LA DISCUSION entiende que lo hace; y sólo por ello cierra contra mí, distante espectador de esta contienda. Ya que de ésta no, permítame ponerme á salvo de cualquier otra bala perdida.

No sé en cual de las tres categorías de enfermo, pesimista ó egoísta, me coloca su popular periódico, ó si me pone en dos ó en todas tres; pero, lo que es por la causa que se alega, no creo merecer ninguno de esos amables calificativos.

Es verdad que vivo aislado, más no por culpa mía. Será en todo caso, por deficiencias de mi carácter, de que no soy responsable, aunque sobre mí pesen las consecuencias. Pero ni soy de los abstentidos, ni dejo de cumplir, hasta donde se me alcanza, los verdaderos deberes del ciudadano. Respeto las leyes, obedezco á los magistrados y pago el impuesto.

Si le parece poco, déjeme proseguir. Excepto en los dos ó tres últimos meses, ningún suceso grave, ningún problema capital de mi país, se han presentado sin que haya dejado yo consignada públicamente mi opinión de palabra ó por escrito. Precisamente el haberlo hecho con entera independencia de criterio, sin consultar ni los propios, ni los ajenos intereses, pudiera ser una de las causas del aislamiento que ahora parece echárseme en cara.

Por otra parte mi labor toda, por poco que pese, se ha inspirado en el deseo de servir á la cultura y á la prosperidad de mi patria, en la medida de mis aptitudes; y todavía no la he interrumpido.

Cierto que hasta ahora no me he "recomendado", á la usanza feudal, á alguno de los grandes ó pequeños señores que imperan en Cuba. Es decir que no me he afiliado á ninguno de nuestros bandos políticos. No soy montesco, ni capuleto. Siendo esto tan fácil, cuando álguien no lo hace, debe obedecer á razones poderosas. Las mías son bien sencillas.



Me repugnan, por temperamento, las luchas meramente personales; solo me resignaría á contender por principios. Los que han declarado como suyos los actuales partidos no me atraen, á pesar de lo difuso de sus programas.

El que fácilmente conseguiría mi adhesión, no necesitaría contener más que estos dos artículos: Reforma de la constitución, dejando intactas las garantías individuales, la libertad civil, pero reduciendo el sufragio, y centralizando enérgicamente el poder ejecutivo: Reducción de los gastos públicos, dentro de un plan financiero, que permita la rebaja gradual del arancel.

Como no sueño despierto, ni peco por demasiado presuntuoso, sé que nuestros políticos están muy lejos de aceptar ninguno de esos puntos, ni los aceptarían por complacer á dos ó tres enfermos ó soñadores. Llegado el caso, les parece más práctico olvidar la constitución que revisarla, escamotear el sufragio que restringirlo, y vivir al día mientras las zafras lo permitan. Por eso los veo senguir su marcha triunfal, y me hago á un lado.

Si por esta vez doy un paso adelante, y me atrevo á balbucear estas excusas, ha sido obligado por el golpe, bien poco merecido, de sus disciplinas.

De V. amigo y s. s.—**Enrique José Varona.**

S/c. 1 de Noviembre, 1905.